

soldados había sido admitido en su intimidad, nadie podría suponer el subterfugio, y el pseudo Enrique no correría riesgo alguno de que se revelase su identidad. Verdad es que olvidaban al vizconde Santiago de Courten. Pero la joven, que no lo olvidaba, no quería hablar de él, reservándose el hacer personalmente lo que procediera, llegado el caso.

Temblando por miedo á que se descubriera la superchería y se tomase en mala parte, el conde Luis de Lespare presentó, pocos días después, al joven oficial Enrique á sus compañeros de cuerpo. Éste fué admirablemente acogido por ellos y ninguno comentó la cara algo femenina del alférez así presentado.

## VII

## PERVENCHA Y EL TRIMARD

Santiago de Courten paró poco tiempo en París, en donde tenía que dar cuenta del resultado de su mensaje, á su poderoso primo el conde de Argenson; luego, seguro de tener por delante dos semanas de libertad, pues la casa real, á la que él pertenecía, no salía para Flandes antes de transcurrido ese plazo, tomó el camino de Bretaña para ir á abrazar á su madre.

Creemos haber dicho ya que el vizconde no había amado nunca con verdadero amor antes de encontrar á Enriqueta. Sin embargo, la señorita de Lespare no era la única que plantara raíces indestructibles en el corazón del caballero bretón. Hijo único de una casa noble en que faltaba dinero, y á cuyo jefe, encarnizado en lograr una fortuna, sólo se veía rara vez, Santiago se había educado á su antojo, pues la condesa de Courten-Málo, la única persona que tuviera derecho á dirigirlo, nunca tuvo energía suficiente para imponer su voluntad ni siquiera á un niño.

Afortunadamente para él, la naturaleza dotó á Santiago de una rectitud de sentimientos y un gran sentido de asimilación que habían hecho las veces de profesores, de que había carecido. Desde que llegó al uso de razón, por altivez, no por orgullo, habíase apartado prudentemente de los jóvenes de su condición, cuyos costosos caprichos no le permitía el estado de su fortuna igualar, y no escogió por compañeros sino á los entonces llamados rústicos ó villanos, prefiriendo estar en primera fila entre sus inferiores, que en segunda entre sus iguales. Además, una de esas poderosas amistades de infancia que sólo acaban al terminar la vida, debía hacerles simpáticas las gentes humildes. Santiago había tenido por nodriza á una buena aldeana, llamada Caradeuc, á la que conservaba un cariño filial y á quien iba á visitar casi todos los días. Como ninguno de los hijos de esa mujer había vivido, la buena nodriza experimentaba gran alegría en poder besar á aquel hijo de leche, cuando un acontecimiento vino á cambiar su vida. El tío Caradeuc murió en la misma época en que su mujer daba á luz una preciosa niñita de ojos azules. Santiago iba entonces para los doce años. Era ya un caballero con quien no hubiera sido prudente pelearse, pues la costumbre de los juegos bretones, en que no desdeñaba tomar parte, le había desarrollado los músculos. Santiago quiso tener á la niña en la pila bautismal y dióle el nombre de Pervencha. Desde ese día, el joven caballero acudía asiduamente á la casucha de la nodriza. Transcurrieron los años convirtiendo á Santiago en

verdadero hombre, y á Pervencha en una adolescente adorable. Era ésta una bonita muchacha franca, risueña y, sobre un cuello flexible, ligeramente tostado por el aire libre, tenía el rostro más encantador que verse puede.

No hay duda de que Pervencha hubiera podido hallar gran número de amantes entre las gentes de su clase; pero estaban indecisas acerca de las intenciones de su padrino, el señorito con quien ella se paseaba todos los días, como se pasea una hermana con su hermano.

Sin embargo, la laboriosidad obstinada del viejo conde de Courten-Málo no dejó de producir sus frutos. Mientras crecía Santiago, iba aumentando la posición de la familia. El modesto empleado de la Compañía de Indias había franqueado todos los grados y sólo se detuvo en el más elevado, el de administrador comanditario. No por eso dejaba de ser invisible para los suyos, cuyo género de vida en nada había cambiado, pues la opulencia no podía conquistar á la vieja condesa, acostumbrada á la soledad, ni hacer cambiar de costumbres al joven aristócrata rural.

Como la condesa se acostaba temprano, Santiago iba á pasar la velada á casa de su nodriza, en donde se reunían varios vecinos. Allí se colocaba al lado de Pervencha, que siempre tenía una alegre sonrisa para acogerlo de cerca ó de lejos. Esto hacía hablar á las gentes y daba envidia á las mozas. No por ello se turbaba la serena amistad de los jóvenes. Él, sin pasar nunca de lo presente, que encontraba á su gusto; ella

alimentando tal vez un sueño audaz cuya confidencia no debía hacerse nunca.

El día de San Juan es en Bretaña motivo de verdadera fiesta que termina con un fuego de alegría. Aquel año, la lucha de la tarde debía ser aún más disputada que de ordinario, en el burgo de Courten-Málo, porque, además de los premios ordinarios, compuestos de gallos ó corderos adornados, la condesa había donado, en nombre de su marido, la casita habitada por la tía Caradeuc, y todo el terreno á doscientos metros de los alrededores. Todos los pueblos circundantes habían enviado sus más rudos mozos á aquella lotería, prometiéndose todos conquistar la casa y, con ella, la bella joven que la ocupaba.

Á la hora de la justa, la plaza de la iglesia fué invadida por enorme multitud. Habían levantado una pequeña tribuna para la señora condesa, que tenía á su lado á Pervencha y Santiago. El joven trataba en vano de tranquilizar á la muchacha, que estaba triste por saber que se ponía en juego su casa.

— ¿Qué puedes temer? le decía.

— No sé, contestaba ella. Me parece que alguna desgracia vendrá.

Los premios pequeños se habían despachado prontamente; se esperaba con impaciencia á los que iban á pelearse con la esperanza de volverse propietarios. Joë Kerjegu, marinero de Port-Luis, y Loïc Eltus, boyero de Lansdeben, fueron los dos primeros campeones que bajaron á la plaza. En el momento en que iban á agarrarse, prodújose cierta agitación en el público,

y varias voces gritaron: ¡*El Trimard!*... Al mismo tiempo un hombre de elevada estatura, de rostro bestial y barba de fiera, entraba en la plaza, abriéndose paso á fuerza de codos.

— Acabad de divertiros juntos, dijo á los dos justadores. Vamos á entendernos los tres.

Joë y Loïc palidecieron un poco; pero no retrocedieron. Ambos conocían, mejor que de reputación, la temible fuerza de aquel forastero, á quien sólo conocían con el nombre de *El Trimard* (1) y que había dejado hacía mucho los trabajos de Lorient, para vivir de la rapiña ante las barbas de las gentes del rey á las que no dejaba acercarse á él.

Varias veces ya, ora por bravata, ora á causa de una irresistible afición á los ejercicios violentos, ese personaje, cuya llegada heló la alegría de todos, se había presentado en diversas fiestas de pueblos, venciendo á sus adversarios, que no siempre salían muy bien librados.

*El Trimard* se había quitado la chaqueta, antes de agarrar á Loïc, que debía ser su primera víctima, y se puso en la posición de ataque; dirigió una mirada á la tribuna y contempló á Pervencha, que empezó á temblar. Momentos después, Loïc, medio ahogado, rodaba por el suelo.

— Al siguiente, dijo el vencedor, enviando un beso á Pervencha.

Esta vez, la joven se tapó el rostro con las manos.

— ¡Eh! ¡hombre! dijo la condesa, levantándose. ¡Trabaje, ahorrándonos su galantería!

(1) Vagabundo.

— No se forje usted ilusiones, buena mujer, repuso éste, enseñando sus dientes de lobo, con una sonrisa horrorosa.

Santiago, muy sorprendido, acababa de ver filtrar lágrimas por entre los dedos de Pervencha.

— ¿Por qué lloras? le preguntó.

— ¡Ese hombre me da miedo!

— ¡Qué tontuela! ¿No estoy yo aquí?

Muy entretenido con la joven, el vizconde no había oído la respuesta del vagabundo á su madre.

Joë ocupó el puesto de Loïc, y corrió la misma suerte que él.

— ¿Á quién toca ahora?... preguntó el Trimard, cuya velluda mano envió otro beso á la tribuna.

Esta vez lo vió Santiago. Púsose pálido y los ojos se le inyectaron de sangre.

Pervencha acababa de desmayarse en los brazos de la condesa.

— ¿Nadie quiere venir?... exclamó el Trimard, cogiendo la chaqueta. ¡Una! ¡Dos! y ¡Tres!... La casa es mía.

La asamblea, consternada, no se atrevía á mirarle.

— No te apoderes aún de tu *tapa miseria*, muchacho, pronunció una voz masculina que salía de la tribuna. ¡Diablo! ¡La casita no te pertenecerá nunca!

— ¡Santiago! gritó la condesa.

— ¡Señorito! exclamaron estupefactos los aldeanos.

El hijo del administrador de la Compañía de las Indias acababa de franquear de un salto la cuerda que rodeaba el campo cerrado; quitábase el cinturón

de la espada, y se despojaba fríamente del jubón, enfrente del Trimard.

Éste no podía dar crédito á sus ojos.

— Ven, chicuelo, dijo, tú no vas á rodar.

— No, buen hombre. ¡En caso de que ruede alguno, serás tú seguramente!

Había un terrible contraste entre los dos adversarios que iban á medirse: el joven vizconde denotaba la gracia robusta, la agilidad vigorosa; el coloso, al contrario, presentaba el aspecto de la fuerza en cuanto tiene de brutalmente feo.

Todos los pechos estaban jadeantes. Cada cual retenía su aliento.

— Puesto que es tu idea, dijo en voz alta la condesa, puedes dar una lección á ese grosero, Santiago; pero no te calientes demasiado.... ¡atrevido vizconde!

Como era su costumbre, el Trimard quiso terminar la lucha de un solo golpe, apretando el pecho del joven. Cogióle, pues, por la cintura y lo elevó del suelo. Santiago se dejó. Pero, sus dos puños cerrados se incrustaron en la mandíbula de su gigantesco adversario, operando una presión que obligaba á éste á doblar el cuello en un torticolis doloroso, y á mirar al sol de frente. Contra más apretaba los brazos el Trimard, tanto más la presión de los puños obligaba á su cara á acercarse á la horizontal. No podía sufrirlo. Se ahogaba, espumeaba, lloraba. Con un esfuerzo supremo, trató de derrumbar al caballero; pero él fué quien se extendió pesadamente por el

suelo, en donde chocó su cabeza produciendo un sonido de nuez hueca.

— ¡ Viva ! ¡ viva ! gritó el público con delirio.

El Trimard se levantaba gimiendo y castañeteando los dientes.

— Tú ganas la casita, chicuelo, dijo al marcharse, y todos se apartaban para dejarle paso; pero sólo tienes derecho al continente; ¡ el contenido es para mí !

Esta amenaza hizo encogersé de hombros al vizconde. Afortunadamente para ella, Pervencha no la había oído.

Este desenlace imprevisto de la fiesta de San Juan tuvo un contragolpe mucho más inesperado aún, si es posible. Su resonancia fué tal, que llegó á oídos de Courten-Málo, sumido en sus legajos en el edificio de la Compañía. El buen hombre quedó extrañadísimo al saber por esos comentarios que tenía un hijo. La verdad, como nunca se había preocupado de él, no recordaba tenerlo. Esta aventura le dió en qué pensar. Dijose que el papel social del heredero de un buen nombre y de un gran capital, no era el de enmohecerse en las aldeas bretonas. Vino, pues, á la quinta, en donde hacía muchísimos años que no se le veía (porque la condesa vivía como viuda á algunos kilómetros de su marido), y mandó avisar á su hijo. No le abrazó. Amaba á la manera de las máquinas de hacer oro; pero le entregó una carta de crédito contra el correspondal de la Compañía en París, una segunda carta de presentación á su primo Argenson, y le colocó á caballo, deseándole buen viaje y feliz suerte en la corte, en donde su apellido no dejaría de agradar.

En todas esas cosas y otras más pensaba el vizconde Santiago de Courten á su regreso de Borgoña, dejándose mecer al trote de su caballo por el camino del país natal. Estaba contento, porque iba á anunciar á su madre que por fin había hallado la compañera de su vida en aquella intrépida amazona, en Enriqueta de Lespare, hija del Amadís conocido de todos; pero también tenía cierta aprensión. Su pensamiento se dirigía muy naturalmente á Pervencha, su ahijada. Desde su marcha á la corte, Santiago no había recibido de ella sino una cartita muy tímida. Después, nada. El silencio epistolar de la condesa no podía extrañarle, porque la buena señora, como gran número de nobles en aquella época, no sabía escribir. En cambio, Pervencha sabía hacerlo; no le cabía la menor duda; puesto que él mismo había sido su profesor. ¿ Qué significaba tan largo mutismo? ¿ Habría ocurrido alguna desgracia á su hermanita?

La llegada del vizconde á la quinta fué una alegría para la pobre reclusa. Tras las primeras efusiones, la condesa se hizo contar con toda clase de detalles los incidentes de aquella noche en que, en el Armançon desbordado, había dado pruebas de tanto heroísmo la futura vizcondesa de Courten. Luego habló de la larga enfermedad y de los días de resurrección. Cuando hubo explicado todo lo concerniente á la señorita de Lespare, dijo el vizconde:

— ¡ Diablo ! madre, ¿ estará enfadada la linda Pervencha que no se ha presentado desde mi regreso ?

Al oír ese nombre, toda la alegría que reflejaba el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

rostro de la condesa desvaneci6se como por magia.

— ¡ Ah ! exclam6 con voz sorda la anciana : ¡ la pobre niña temía una desgracia, y esa desgracia ha venido !

El vizconde se levant6 de un salto.

— ¡ Una desgracia ! repiti6. Explíquese, madre, por favor...

— Pocos días después de tu partida, Pervencha fué raptada de la casita de la tía Caradeuc...

— ¡ Raptada !.. ¿ Por qui6n ?..

— Nadie lo podría decir... Es una suposición... pues la desgraciada no tenía motivo alguno para huir...

— ¿ Y la tía Caradeuc ?

— No pudo sobrevivir á su pena... Durante seis meses, ha rodado por toda la comarca, en busca de su hija... Luego, muri6 acusando...

— ¿ Su nombre ?

— ¡ Al Trimard !..

El vizconde estaba lívido.

— Señora, dijo, si Pervencha está muerta, voy á vengarla ; si viva, la traeré. Es lo menos que podemos hacer por ella... ¿ No es algo hermana mía esa niña ? Yo conozco la región mejor que nadie... Y ya que intervengo, ¡ que ande con ojo el seductor !

Sali6 de la quinta y encamin6se al oeste, de donde venía un viento húmedo, que traía las emanaciones del Scoff. Tenía su idea y quería visitar las ruinas de Loc Eltas, vieja torre desamparada, cuyas troneras miran al río.

Las landas bretonas son melanc6licas de día, y de noche no pueden ser nada alegres.

Santiago volví a encontrarse en aquella tierra, en donde había pasado su juventud, como si nunca se hubiera apartado de ella. No obstante la profundidad de la obscuridad, caminaba sin vacilar descubriendo por instinto al atajo más corto y más seguro, á través del laberinto de los que surcaban el terreno.

Serían las doce de la noche cuando llegó á divisar Loc-Eltas, que dista unas tres leguas de la quinta de Courten-Málo. Santiago entr6 resueltamente en la sombra de los castaños en el momento en que la luna aparecía. Al llegar al borde del tallar, se detuvo, esperando que viniera un corto eclipse de luna, pues ésta procedía como las coquetas, es decir, que tan pronto se mostraba de repente, inundando de luz el paisaje, como desaparecía tras una nube de vapores, para dejar en tinieblas las cercanías. Cuando volvió la obscuridad, Santiago continu6 su camino ; pero con precaución é inclinando el oído hacia el suelo, cual si éste pudiera responder á sus consultas.

— Ahí está, murmur6 : mi instinto me ha guiado bien ; lo estoy oyendo.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras, cuando la luna reapareció otra vez, haciéndole ver la sombra hercúlea de un hombre de inusitada talla, situado en el puntiagudo extremo de la roca en que se alzaba Loc-Eltas, y apoyado en un mosquete. El odio de Santiago no le había engañado. Aquel hombre era el que él buscaba : ¡ el Trimard !

El vizconde no había interrumpido su marcha : subía.

— ¡Cómo!.. exclamó el bandido, alzando su mosquete: ¿Tú otra vez, chicuelo?... ¡qué testarudo!... ¡Si no te largas, me obligarás á hacer llorar á Pervencha!

— ¿Qué has hecho de ella?... preguntó Santiago, continuando su ascensión.

— ¡La he hecho la señora de Trimard! replicó el otro soltando el trapo á reir. Pero ¿qué te importa ya esta joven? ¡Vuelve atrás ó disparo!

Santiago avanzaba. Parecía no haber oído.

— ¡Mientes, miserable! gritó. ¡Devuélveme á Pervencha, ó eres muerto!

El Trimard apuntaba ya con el mosquete. El resplandor de su disparo iluminó un instante las tinieblas.

Mas el vizconde se había echado al suelo, y la bala fué á dar á un castaño situado detrás de él. Momentos después, Santiago estaba en pie y volvía á continuar la subida.

— ¿Qué has hecho de Pervencha?

El Trimard, castañeteándole los dientes, arrojó el mosquete con rabia. Santiago tenía su espada en la mano. El otro sacó una navaja. El caballero acababa de poner el pie en la plataforma que servía de base á la torre.

— ¡Devuélveme á Pervencha, ó entrega tu alma á Satán!

El bandido retrocedía blasfemando, pues la hoja que tenía en la mano no era de la longitud de la espada. Retrocedía, y no tardó en llegar al otro borde de la estrecha plataforma que dominaba las aguas del Scoff.

Santiago de Courten se echó á fondo. El otro quiso dar un paso atrás y desapareció en el vacío. El ruido de su caída subió hasta la ruinoso torre. Las aguas del Scoff acababan de volverse á cerrar sobre el cuerpo del bandido. El vizconde visitó la torre desde el techo hasta las bodegas; pero no pudo descubrir á su hermanita, que debía de estar muerta. Al día siguiente, demasiado triste para quedarse en el castillo, despidióse de su madre y se trasladó á Lorient, para presentar sus respetos al conde. Éste no pudo recibirlo, pues estaba tratando negocios. En él, el comerciante mataba al padre.